

Presentación

VÍCTOR-ISOLINO DOVAL*

Universidad Panamericana, México

Entre los alumnos y discípulos de Carlos Llano es recurrente la anécdota que él mismo contaba sobre cuando le confesó a su papá su decisión de estudiar filosofía. Al escuchar semejante noticia, Antonio Llano Pando le pidió a su hijo: «a los hombres de negocios háblales de filosofía y, a los filósofos, háblales de negocios». Con su obra –tanto especulativa como productiva–, Llano redujo la grieta que separa a esos dos mundos, aparentemente tan distantes.

Precisamente, el libro que el lector tiene ahora en sus manos es un acercamiento a la honda reflexión del filósofo mexicano en torno a un problema filosófico clásico; el de la intrincada relación entre las infinitas posibilidades vislumbradas por la razón humana y las exigencias impuestas por la realidad para que esas virtualidades alcancen el ser. Aunque es difícil hacer una distinción taxativa de los temas que se abordan en estas páginas –como ocurre en el propio *corpus* llanista–, la veintena de ensa-

* Doctor en Filosofía por la Universidad de Navarra. Obtuvo *summa cum laude* en la defensa de la tesis *Sobre la idea práctica en la filosofía de la acción de Carlos Llano*. Profesor-investigador del Instituto de Humanidades de la Universidad Panamericana, México.

yos aquí reunidos trata de 1) la figura de Llano, 2) su reflexión en torno a la empresa –como expresión de su objeto de estudio: la acción humana– y 3) su legado propiamente filosófico.

Los asuntos que Llano abordó en su obra se armonizan como los instrumentos de una orquesta al interpretar un concierto que, en este caso, es intentar desentrañar las claves de la plenitud humana. Ello ya se advertía en su primer libro. Aparentemente, *Análisis de la acción directiva* es un texto especializado en *management*. Sin embargo, ni es especializado ni es reductible al *management*. Su riqueza intelectual aparece expresada en el ámbito empresarial, claro, pero no por otra razón sino porque ahí convergen acción y producción, así como ocurre en el ámbito político, según descubrió Aristóteles. En ese libro –que en 2019 cumplió cuarenta años de haberse publicado por primera vez–, Llano despliega ordenada y rigurosamente notas intuitivas en 1952.

En aquel año, con la defensa de su tesis doctoral sobre el principio de no contradicción, empezó a componer lo que luego sería una sinfonía, cuyo final inmejorable llegó medio siglo después, al publicarla –venturosamente– con el título *Etiología de la idea de la nada*. Tras una maduración de poco más de cincuenta años, Llano ofreció allí una especie de testamento intelectual cuyo eje es –no podría ser de otra manera– la pregunta por el ser.

Quienes han contribuido en la elaboración del presente volumen ahondan en la obra de Llano con evidente admiración; pero, también, con la profundidad del interlocutor crítico. Con fino oído, han decidido escuchar atentamente la polifonía compuesta por nuestro maestro y han identificado sus límites y alcances. Sin ánimo de sesgar al lector ni arruinar su contacto con el libro, propongo un brevísimo esbozo del contenido con una pretensión meramente enunciativa.

El primer tramo ofrece tres pinceladas que muestran el carácter de nuestro filósofo, a cargo de entrañables colegas suyos. Aunque cargados de intimidad –están escritos desde el corazón, como alguna vez Llano le confió a un amigo–, son ensayos que muestran los rasgos personales e inquietudes intelectuales de quien fuera primer rector de la Universidad Panamericana y servirán de brújula al lector que se acerca por primera vez a su obra.

En la segunda parte, once estudiosos de la filosofía de la empresa ponen en valor los análisis de Llano sobre la acción directiva, la caracterología del empresario, la motivación y esa arriesgada propuesta llanista sobre humildad y liderazgo. Como apunté antes, Llano comprendió que en el seno de la empresa se daban cita problemas preponderantemente

antropológicos, cuya principal exigencia era una reflexión en clave metafísica.

La última parte se ocupa, precisamente, de esa filosofía llanista. Entregamos aquí dos capítulos sobre las figuras preeminentes de Réginald Garrigou-Lagrange y José Gaos, que permitirán comprender mejor la filosofía de Llano. Me tomo el atrevimiento de destacar el capítulo «Léxico llanista», de Óscar Jiménez Torres, quien durante más de una década colaboró con nuestro maestro y es uno de sus discípulos más destacados en el ámbito especulativo.

A Llano le gustaba repetir el adagio medieval según el cual hay que distinguir sin separar y unir sin confundir. Lo traigo a colación porque lo más difícil al darle forma a los veinte trabajos aquí compilados fue hacer las debidas distinciones sin fragmentar el libro. Como verá el lector, todos se ocupan del legado intelectual de Llano y son una unidad que podría haber quedado cobijada bajo un título como «Reflexiones sobre la filosofía llanista». Sin embargo, cada uno posee rasgos distintivos. El tono íntimo de los tres primeros ensayos permitió venturosamente englobarlos como introducción. La secuencia de la segunda parte también responde a un afortunado hallazgo del editor: allí, los autores se ocupan de la filosofía de la empresa, sí; pero los cuatro textos que cierran ese apartado van aproximándose más «crudamente» —permítaseme la expresión— a lo filosófico. En el tercer bloque quedaron agrupados los textos dedicados más propiamente a la obra especulativa de Llano: de nuevo, la oportunidad jugó a favor del editor. Finalmente, hemos querido incluir como epílogo la colaboración de Virginia Aspe Armella sobre epistemología y metafísica, una guinda inmejorable para los escritos que la preceden.

No me cabe duda de que este libro —cuya principal motivación es rendir homenaje a nuestro maestro a 90 años de su nacimiento— se suma a la incipiente obra crítica en torno al pensamiento de Carlos Llano, con la confianza de profundizar en su obra filosófica y continuar el diálogo en torno a ella. Al estudiarla sabremos más, claro; pero —más importante— pretendemos coincidir con personas que ensancharán nuestros respectivos horizontes vitales. Como el propio Llano escribió:

El hombre estrecho de miras que atiende sólo a la individualidad del resultado, que desea en exclusiva el premio a su labor individual, que se satisface únicamente con la consecución de metas egocéntricas, será incapaz de verse expresado en un resultado final conjunto; querrá enfermizar y estrechamente detectar su huella particular y única en ese resultado final, y él mismo se destacará independientemente de los otros. [...] El éxito, que posee una resonancia pública, hasta casi consistir en ella, se alcanza, por paradoja, de un modo individual y aislado, con independencia de los otros, generalmente incluso a costa de los demás: si todos tuvieran éxito, en un universo social

dado, nadie en rigor podría decir que lo ha tenido: se dirá así que el éxito de algunos implica fatalmente el fracaso de los demás. Por el contrario, la plenitud, que reviste una forma existencial interior y privada, sólo se obtiene con los otros, al punto de que mi plenitud personal es incompatible con el vacío de quienes me rodean (*Análisis de la acción directiva*: 184-185).

Por eso, quisiera terminar con dos últimos asuntos. El primero, expresar mi profundo agradecimiento a Arturo Picos Moreno por la oportunidad de trabajar a su lado en la elaboración de este volumen y otros proyectos en la Cátedra Carlos Llano, que conduce desde su fundación en 2010 hasta hoy. Su esfuerzo por preservar el legado intelectual de Llano, le ha permitido a estas páginas llegar a la imprenta. Por supuesto, este agradecimiento alcanza a cada uno de los veinte colaboradores que, con su trabajo y dedicación, hicieron posible este homenaje. Figuran en el índice admirados profesores míos de mi época estudiantil en la universidad, de quienes desde entonces recibí cariño y, ahora, generosamente me han permitido llamarles colegas. El libro también cuenta con la aportación de quienes trabajaron con Llano, cuyo testimonio y reflexión enriquecerán investigaciones posteriores. Además, se suman aquí otros llanistas, a quienes la admiración por nuestro maestro ha propiciado nuevas coincidencias. Ellos y ellas, como insistía el propio Llano, rebasan por mucho al ζῶον πολιτικόν aristotélico: en cada uno se encarna el individuo llamado, por su naturaleza social, a la amistad como legítima expresión de la voluntad: soy amigo del otro porque quiero.

El segundo asunto tiene que ver con la idea que deslicé al principio. El interés de Llano al hacer filosofía es dar con las pautas que posibilitan la plenitud humana. ¿Cómo objetivar —«materializar», escribe—, cómo concretar la felicidad? Efectivamente, según ha recordado Héctor Zagal, la filosofía de nuestro maestro es una filosofía de las cosas humanas. «El estilo de Llano tiene la frescura de quien no se toma demasiado en serio la teoría o, lo que es lo mismo, de quien se da cuenta de que la vida teórica se debe entretener con las menudencias de la vida práctica y productiva para adquirir firmeza y frescura» (*Metafísica, acción y voluntad*. 2005: iii). Y esto es así porque lo que le interesa a Llano en última instancia es responder a la pregunta por la causa de la felicidad.

Parafraseando a Antonio Millán-Puelles —en el prólogo a *Las formas actuales de la libertad*—, a Carlos Llano debemos darle las gracias más sinceras por no haber retenido para sí sus hallazgos filosóficos ni su experiencia en el intrincado universo de la acción, cuyas complejas manifestaciones ocurren en el no menos complejo ámbito de la libertad.